

## Tomás Moro, un gran espíritu

### Tomás Moro

*Un hombre solo. Cartas desde la Torre, 1534-1535.* Traducción, introducción y notas de A. de Silva. Ediciones Rialp. Madrid, 1988, 172 págs.

**T**

OMÁS Moro es, sin duda, una de las figuras más señeras de la historia occidental: su talla como humanista, su aportación cultural, su profunda vivencia de la fe, su testimonio de fidelidad a la propia conciencia, le hacen merecedor de un reconocido y justo prestigio.

El temple de una persona humana, como el de una espada, se manifiesta en el momento de la prueba. Cuando Tomás Moro reveló toda la riqueza de su espíritu fue en el momento de su enfrentamiento con Enrique VIII y, especialmente, durante los meses que pasó encarcelado en la Torre de Londres, sabiendo que su vida estaba, en todo momento, pendiente de un hilo, más concretamente, de la arbitrariedad del rey. De su actitud espiritual durante esos meses, nos queda, como testimonio particularmente significativo, el conjunto de escritos que compuso durante esos meses: un tratado sobre la agonía de Cristo; un diálogo sobre la fortaleza ante la tribulación; un breve escrito sobre cómo recibir sacramental y virtualmente la Sagrada Eucaristía; algunas otras oraciones e instrucciones espirituales, aún más breves; las anotaciones escritas sobre el Breviario y el Salterio que tuvo a su disposición en la Torre de Londres; las cartas que durante ese período dirigió a sus familiares.

Son esas cartas y esos escritos breves los que Alvaro de Silva, gran admirador y estudioso de Moro, recoge en la presente edición, traducidos al castellano

y anotándolos con breves introducciones y comentarios históricos o literarios. En total, el libro incluye 13 cartas de Moro, a las que se unen 6 cartas de amigos o familiares de Moro, así como el tratado sobre la recepción de la Eucaristía y otras cuatro instrucciones u oraciones espirituales, todas ellas de extensión muy reducida. La traducción castellana es fiel y literariamente cuidada. Las introducciones y notas son escuetas, pero suficientes. Los últimos escritos de Tomás Moro son colocados así, con todo su vigor, ante el lector de habla castellana, al que se facilita de esta forma el acceso a un singular acontecimiento histórico y, sobre todo, a un gran espíritu.

José Luis Illanes

## Terror y Terrorismo

### Julio Caro Baroja

Plaza & Janes / Cambio 16.  
Barcelona, 1989, 192 págs.

**L**

A palabra «Terror» guarda una significación milenaria. Puede hablarse de un terror *pánico* y de un terror *bíblico*, pero la Historia y la Literatura consignan muchas otras clases y colores. El término «terrorista», sin embargo, es de más reciente aceptación; Moratín, en una carta escrita en 1821, dice que en nuestro país «se acerca el reinado de los *terroristas*». Esta expresión no es recogida en los diccionarios de lengua española hasta la segunda mitad del siglo pasado, y su divulgación viene relacionada con la Revolución francesa.

Caro Baroja emprende en este libro una investigación sobre estas realidades, presentes en nuestro tiempo, desde dos escorzos: *histórico* y *etnológico*. Así, relata el uso y origen de la voz «Terror» y ofrece selectos ejemplos del empleo de terrores políticos y religiosos. En el método de aproximación que si-

gue considera básicamente tres factores: 1) edades, caracteres y temperamentos; 2) coyunturas sociales y económicas, y 3) estructuras políticas e instituciones heredadas, sistemas de creencias e intereses en choque. Caro fija la atención en los bulos terroríficos: éstos se ciñen a «un pensamiento colectivo muy antiguo y extendido, según el cual las desgracias que ocurren a los hombres son producidas siempre por la mala voluntad de otros con poderes malignos y no por razones naturales y fortuitas». A continuación reflexiona sobre las constantes del terror y del terrorismo a lo largo del tiempo y de las sociedades. Se encuentra con el gusto y admiración por *lo secreto* y con la afición por *exhibirse* con máscaras y capuchas. Se adivina un proceso de «primitivización» y *arcaísmo* en numerosas actitudes y comportamientos, tal es el carácter ame-drantador que *pretende* el empleo de nombres de animales para referirse a ellos mismos y a *los otros*, ya sea el de perro, ternera, cerdo o dragón. A este respecto, sería interesante y divertido seguir la pista en el empleo de apodos a lo largo de la historia del boxeo y de la lucha. Tras referirse al Ku-Klux-Klan, a la Mafia, a la Camorra, al Mau-Mau e incluso a La Mano Negra —ejemplo de enigma histórico no aclarado—, Caro desemboca en ETA. Estos «bravos muchachos» que celebran con «alegría y juventud» sus ceremonias orgiásticas en los días de tumulto *Borroka eguna*, capaces de *sacrificios* hasta llegar al *martirio* como sus mejores *correligionarios*, esos nacionalistas que han abierto sus puertas a oriundos de distintas partes de España y los admiten como *conversos*. Proclamando la legitimidad de sus acciones han llegado a coronar a la brutalidad. Caro Baroja no ahorra un recuerdo para quienes «creyeron maniobra hábil darles ánimos y excitarlos, con un maquiavelismo de corta visión», y ahora *insinúan* que entre ellos hay «mucho tarado».

La investigación que se ofrece en esta obra se concentra propia-

a «Literatura popular y criminología» y «De nuevo sobre el bandolerismo meridional». Un análisis pormenorizado de los géneros titulados «Causas célebres» y «Los misterios de...» permite obtener algunas conclusiones sobre la imagen del bandolero que cala en el público durante aquellos años del siglo pasado. Del mismo modo, arrojaría mucha luz sobre el asunto extender la exploración a historias locales y artículos de periódicos y revistas. Se encontrarían razones para cavilar; así, por ejemplo, sería interesante analizar «las situaciones políticas, sociales y económicas que dan lugar al desarrollo fuerte del bandolerismo en Italia y en España en determinadas épocas y, en consecuencia, a la multiplicación de obras populares en que se describe la vida de los bandoleros célebres». Para Caro Baroja el fenómeno del bandolerismo no responde solamente a ambientes azotados por la pobreza y el paro, «sino también a crisis en las organizaciones políticas y sociales establecidas». De este modo, cuando nada ni nadie desmienten la impresión de *injusticia* que produce la *autoridad* y sus jueces, prende la noción del *recurso honesto* a la violencia y se exalta la imagen de los bandoleros *generosos*, considerados *vengadores* del pueblo oprimido, desarrollándose un *proceso de heroificación del bandolero*. Caro encuentra «conexiones claras» en el auge del bandolerismo con la guerra civil, la invasión de un país por otro y con la creación de guerrillas. Y, de nuevo, señala posibles monografías a efectuar: «Sobre el ámbito geográfico del bandolerismo podría escribirse algo sistemático, utilizando los textos aducidos y otros, con las localizaciones concretas y las impresiones físicas de los escritores acerca de ellas».

El trabajo concluye con un recuerdo del anarquismo y del nihilismo. Entre los años 1915 y 1945 cuajó la creencia de que «con la conquista del poder se llega a todo, se obtiene todo... y para siempre». Frente a esta idolatría del poder y del Estado se desarrollaron en Rusia, a lo largo del siglo XIX, «grupos e individuos ab-

solutamente desesperados y convencidos de que todo gobierno es un mal y de que el *orden* establecido en el trabajo también lo era». A partir de aquí se *deducía* que lo contrario no sólo era más bueno, sino que tenía que ser lo mejor. Una última dirección investigadora señala el autor: estudiar la tendencia a producir daños físicos o materiales y directos alegando que, «con ellos, se pueden producir bienes morales, teóricos o abstractos».

La lectura de esta obra es sumamente sugestiva, y no sólo por lo que dice y cómo se dice, sino por el horizonte que abre. En particular, hubiera deseado que su campo de visión se extendiese hasta la América hispana. Y que se trataran, a modo de *respunte*, aspectos como los siguientes: el bandido generoso junto al buen salvaje; romanticismo sobre los hombres de armas y sobre los *libertadores*; el ascenso al poder de cínicos filántropos paternalistas y el control del Estado por parte de *cuatros* y traficantes; la mala memoria histórica y la propaganda.

Antes de aceptar que «el fin justifica los medios» se procede, muy habitualmente, a *maniqueizar* a los integrantes de una sociedad y se llega al «o todos moros o todos cristianos», los extremos arrastran al *tot o res* y no hay términos medios. Para acabar este comentario, he escogido un texto que aparece en el *Archivo General de Indias*, Caracas, leg. 270, y con fecha de 1781, donde se dice: «En otros tiempos eran los españoles católicos de corazón, apostólicos de boca y esfuerzos, eran romanos. Pero hoy tienen la herejía en los labios, la religión en las espaldas y el diablo en el corazón (...) los que vienen hoy sólo enseñan nuevos modos de pecar, máximas de herejías, resabios de gentilidad y sectas de las naciones, bailes, modas, paseos, familiaridad y disoluciones». Más de un siglo después, y al otro lado del Atlántico, alguien diría cosas semejantes.

**Miguel Escudero**

## £1 pensamiento sociológico de Raymond Aron

**M.<sup>a</sup> Montserrat Guibernau Berdún**

*El pensament socio lo gic de Raymond Aron*. Editorial RAIMA. Barcelona, 1988, 156 págs.

**D**ESDE 1983 fecha de la desaparición de Raymond Aron, cuyas *Memorias* aparecieron postumamente pero casi de manera simultánea, no han sido pocos los trabajos sobre su pensamiento sociológico. El libro de Montserrat Guibernau Berdún representa una aportación notable en uno de los aspectos menos tratados, cual es el estudio de las sociedades industriales modernas. Así encontraremos en él un análisis de los rasgos más importantes de la sociología de Aron que nos servirá de base para adentrarnos en el estudio de las sociedades industriales desde tres puntos de vista: economía, organización social y sistemas políticos. La tercera parte del libro está dedicada a las últimas obras de Raymond Aron a fin de analizar la situación actual y la previsión de futuro, al tiempo que pasa revista a las actitudes adoptadas por aquél frente a los hechos históricos que le tocó vivir, desde la Segunda Guerra Mundial hasta la Revolución argelina, o la misma Guerra Civil española.

El pensamiento sociológico de R. Aron nace de un profundo conocimiento de la historia y supone una alternativa a la interpretación marxista de la sociedad industrial. Parte de la reflexión histórica y se caracteriza por ser un ferviente defensor de la democracia, en línea con autores como Alexis de Tocqueville. Analiza los distintos regímenes políticos y opta por el que a su juicio es el menos malo, es decir por el sistema constitucional-pluralista. Un tipo de gobierno presidido por la de-

mocracia y el respeto a las libertades formales del individuo, un régimen que rehusa el uso de la violencia, que Aron condena sin paliativos; lo cual le sirve como un punto más de diferenciación entre él y los pensadores que, inspirados en ideas marxistas, llegan a consentir, como Sartre, un cierto tipo de violencia, bajo la promesa de conseguir más tarde, siempre más tarde, un régimen mejor.

Si Marx pretende cambiar la sociedad por medio de la revolución, Aron nos propondrá el reformismo como único camino válido para mejorar las condiciones de vida de los hombres en las sociedades industriales de hoy. El reformismo deberá en todo momento respetar al individuo y luchar por la defensa de las libertades democráticas. Por otra parte, en la sociología de Aron se refleja el actual estado de cosas. Nuestras sociedades no son revolucionarias, sino más bien conservadoras, aunque en ellas el conflicto se ha institucionalizado por medio de organismos como los sindicatos. La lucha, o mejor dicho la violencia y el ansia de revolución, han sido extirpados por una extensión del bienestar, que conlleva un aumento de las clases medias, con el consiguiente incremento del nivel de vida de las familias. Pero, ¿cuál será el futuro de las sociedades industriales? Aron apunta a un crecimiento de las clases medias y una extensión del bienestar, al tiempo que señala la importancia de los medios de comunicación, que hoy hacen posible que, por primera vez en la historia, se pueda hablar de una cultura planetaria. Ésta implicaría la posibilidad de una manipulación del hombre que, según Aron, podría llegar a transformar la democracia en una tiranía de la mayoría.

M.<sup>a</sup> Montserrat Guibernau Berdún va al centro del pensamiento político de Aron cuando se pregunta con buen juicio cuál es la alternativa del sociólogo francés, cuál su sociedad ideal. En opinión de aquella la aportación de Raymond Aron a la sociología pasa por mantener una interpretación no marxista de la realidad social, en un momento en que fue muy di-

fícil defender otras interpretaciones que no estuvieran inspiradas en las ideas de Marx, de moda en los años sesenta. En aquellos momentos Aron, desde la Sorbona, se atrevió a contestar una doctrina que parecía incuestionable. Por otra parte, sí que acusamos una carencia en su pensamiento sociológico. Según Guibernau Berdún no queda demasiado claro en su obra cuál es esa sociedad a la que debemos aspirar. Aron no nos habla de cómo debe ser la sociedad futura. Se declara reformista; pero en él, ¿el reformismo es un medio o un fin? Si es un medio, debería mostrar con mayor claridad cuál es el fin que le mueve. Porque si la única diferencia entre revolucionarios y reformistas estriba en la velocidad del cambio, existiendo para ambos una identidad de fines, no tendría sentido ponerse a favor de los métodos más lentos, es decir, del reformismo. No obstante, si Aron no describe ese fin, o esa sociedad por la que debemos trabajar, quizá sea porque en su obra sociológica sentimos la carencia de una concepción del hombre. Afirma que no podemos dejar de emitir juicios de valor en la descripción sociológica. Pero, ¿en función de qué valores emite él sus juicios? Si en su obra nos repite que la democracia es el valor supremo, y por otra parte nos dice que es el menos malo de los tipos de gobierno, ¿eso no equivale a preconizar el vacío de la democracia tomada como valor? Un valor imperfecto no es un valor, por tanto a qué valores se está refiriendo Aron cuando escribe: «La ciencia es limitada, el porvenir imprevisible y los valores a corto plazo contradictorios, las elecciones a las que efectivamente está condenado el hombre histórico no son demostrables. Pero la necesidad de la elección histórica no implica que el pensamiento esté pendiente de decisiones esencialmente irracionales, y que la existencia se cumpla en una libertad no sometida ni siquiera a la Verdad». Guibernau Berdún se pregunta a qué Verdad se refiere Aron, cuál es esta Verdad con mayúscula que tan sólo aparece insinuada en algún momento de su obra. Así, para la

autora de *El pensamiento sociológico de Raymond Aron*, el sociólogo francés niega el relativismo absoluto, aunque no nos dice cuál es el valor que le inspira. Quizá sea esta indefinición de valores lo que nos daría la clave para comprender a dónde se dirige su pensamiento y cuál es el tipo de hombre al que la sociedad debe ayudar a desarrollar sus potencialidades. La ausencia de una definición del hombre conlleva, pues, la ausencia de la descripción de una sociedad ideal, una sociedad por la que debemos trabajar; y esto es, según Guibernau Berdún, la carencia más importante de Aron, lo cual no invalida su teoría sociológica, aunque sí la deja incompleta.

## Goya, Picasso y muchos más

Alvaro Martínez-Novillo

*El pintor y la Tauromaquia*. Editorial Turner. Madrid, 1988, 255 págs.

**L**

A Fiesta de los toros ha fascinado a muchos artistas. Sea cual sea su opinión sobre ella y su nivel de conocimiento, cualquier persona que posea una mínima sensibilidad estética y se haya acercado a una Plaza de toros, habrá percibido, inevitablemente, la belleza plástica del espectáculo: el juego de formas y colores, la gracia alada de los movimientos, el albero dorado, las actitudes escultóricas, los contrastes de luz...

Por eso, la Fiesta ha sido motivo de inspiración para multitud de pintores, escultores, grabadores, dibujantes... Todos ellos han tenido que enfrentarse con el problema básico de eternizar lo fugaz, de captar e inmovilizar lo que apenas dura un instante.

De la Tauromaquia como tema artístico se habían ocupado, entre otros, Lafuente Ferrari (en el tomo II de *Los toros* de Cossío) y

José Luis Morales y Marín (*Los toros en el arte*, Espasa-Calpe, 1987). Si no me equivoco, Alvaro Martínez-Novillo llegó al tema como discípulo de don Enrique, para completar su trabajo, en el tomo VII del Cossío. A partir de ahí, ha organizado una serie de exposiciones y realizado trabajos que han culminado en este libro.

Curiosamente, este volumen apareció primero en francés en París, publicado por Flammarion. La versión española, la primitiva, la ha publicado con su habitual cuidado Turner, y está espléndidamente ilustrada.

Mi opinión de conjunto es muy clara: por el momento, creo que es la obra definitiva sobre este tema. Revela un trabajo de documentación solidísimo. A su reconocida competencia en temas artísticos, une Martínez-Novillo otra virtud evidente: mostrar, en cada caso, las conexiones históricas y literarias de las obras de arte.

Dos grandes capítulos centran el libro, como era inevitable: Goya y Picasso, los dos genios hispánicos y universales. Goya firma «Don Francisco el de los toros», y ésa es su pasión juvenil, a la que vuelve como consuelo en los momentos difíciles. Picasso pinta, dibuja, esculpe, graba toros. A lo largo de su vida, se va identificando con un picador, con un caballo despanzurrado, con un dolorido Minotauro y con un «negro toro de España».

Los dos capítulos que dedica Martínez-Novillo a esta pareja de genios son excelentes. También lo son, y quizá sorprendan más al lector, los dedicados a otros temas más novedosos, como Lucas, las series de grabados románticos o la pintura realizada «bajo el signo de la fotografía».

Realiza Martínez-Novillo verdaderos hallazgos en la localización de obras de arte —le han servido de mucho sus estancias en Cuba, por ejemplo— y la identificación de personajes históricos. (Un solo pero: creo que merecerían más espacio los autores de carteles.)

El libro prueba, de sobra, algo que me gusta repetir: no cabe identificar al arte taurino con la pintura figurativa, tradicional. No es

así. Baste con recordar los nombres de Saura, Arroyo, Barjola, Braque, Max Ernst, Calder, Botero o Francis Bacon, entre otros muchos.

Notas, bibliografía e índices completan un estudio sólido que se lee, a la vez, con verdadero gusto. Para cualquier interesado por el tema, un libro de lectura obligada. Los aficionados a la Fiesta y a su vertiente cultural debemos agradecer a Alvaro Martínez-Novillo.

Andrés Amorós

## Golo Mann: a propósito de sus *Memorias*

### Golo Mann

*Una juventud alemana.*  
Plaza y Janés. Barcelona,  
1989.



Al comenzar a leer las *Memorias* de Golo Mann, sentía curiosidad por ver cómo se iba a enfrentar un historiador profesional a la narración de su propia vida y de sus recuerdos personales. Tras la lectura he visto que existe un profundo paralelismo entre la narración profesional y la individual. Narrar el pasado de un pueblo cumple para Golo Mann la misma función que las memorias para un individuo. Y él narra sus recuerdos de la misma manera que narra la historia profesionalmente. Escribir la historia es para Golo Mann narrar un pasado que pertenece a un pueblo; escribir unas memorias es contar el recuerdo de las experiencias que constituyen al yo individual desde la primera infancia. Tanto en su historiografía profesional como en las *Memorias* adquiere una significación especial la referencia a los fenómenos políticos. De la misma manera que para Mann hacer historia es hacer historia política, sus *Memorias* tienen una referencia continuada al contexto político de la Alema-

nia en que se desarrolló su infancia y primera juventud. El referente político —la crisis de la primera guerra mundial y la ascensión del nazismo al poder— se destaca en todos sus recuerdos. El peso de lo político se le presenta a Golo Mann como algo fundamental, especialmente en Alemania, donde han habido decisiones y procesos fallidos que pueden conducir a la afirmación de que la política quizá sea estéril o infructuosa, pero carente de importancia.

Como en su narración histórica, la narración de su propia vida no es tampoco una crónica, llena de datos organizados cronológicamente. Hay en su narración una inevitable y expresamente buscada selección de cuestiones y preocupaciones. Hay, asimismo, una continua manifestación de que el pasado es realmente importante, que no existe una vida meramente en el presente. El conocimiento del pasado encierra ricas lecciones. En él encuentra Golo Mann una enseñanza de lo que somos y también de lo que ya no somos; él nos instruye sobre por qué no nos podemos ya permitir ciertos juegos políticos que nuestros antepasados sí hicieron. El conocimiento histórico nos muestra, piensa Mann, nuestro sitio, nos enseña lo que es posible y lo que no es posible; nos impide convertir lo nuevo en necesario, nos ayuda a no apegarnos a lo ya periclitado así como a no buscar un consuelo vano por lo que se ha perdido irremediablemente.

No es verdad que no haya nada nuevo bajo el sol, dice Golo Mann, pues, al compararnos a nosotros mismos desde un punto de vista histórico, captamos nuestro propio origen, lo que hay de repetido y semejante, pero también lo peculiar y diferenciador de nuestra propia existencia. Este principio que guía su quehacer historio-gráfico, orienta también las *Memorias* de su vida. Porque no existe una vida meramente en el presente, tiene sentido narrar el pasado. Porque el pasado es importante, la memoria prepara para nuevas experiencias vitales. Conociendo el pasado se puede levantar una barrera contra la cau-

sa de muchas catástrofes, que surgen precisamente del desconocimiento y de la presuntuosidad.

De los recuerdos que Golo Mann narra hay dos grupos de cuestiones que se imponen sobre el resto. Son cuestiones, por otro lado, que no quedan reducidas al espacio cronológico de su juventud, sino que reciben una valoración añadida desde su pensamiento y experiencias posteriores. Me estoy refiriendo a las personas que más han influido en la formación intelectual y humana de Mann y a la posición que éste adopta frente al fenómeno político que marca su juventud, la ascensión del nacionalsocialismo.

Dos son las personas a las que Golo Mann reconoce una deuda más profunda en su formación, Kurt Hahn y Karl Jaspers. A Kurt Hahn, director del internado de Salem, donde Golo Mann estudió el bachillerato, le admira y respeta, aunque critica alguno de sus principios educativos. Del educador Hahn sobresalen en el recuerdo de Mann algunas de las reglas básicas que configuraban la vida en Salem, como la formación de hombres con capacidad para calibrar con precisión un determinado estado de cosas y para poner en práctica 'lo que se considera acertado. Está presente también el ideal educativo de formar ciudadanos libres y valerosos, caballeros cristianos, que supieran defender la idea buena frente a la perniciosa, y no se olvida nunca la referencia a la formación de hombres con un talante diferente al de las élites alemanas de la época de la primera guerra mundial. La gratitud a Hahn no le ahorra algunas críticas a su sistema educativo, entre las que Golo Mann destaca el excesivo valor que se concedía a la formación de la voluntad y la carencia de una educación de la sexualidad.

De Karl Jaspers, su maestro en la Universidad de Heidelberg, aprendió Golo Mann a filosofar, y fue precisamente esta voluntad de filosofar la que llevó finalmente a la Historia. El necesitaba un objeto para filosofar y lo encontró en la Historia, de acuerdo con aquella frase de Napoleón: «mi hi-

jo debe estudiar Historia; ésta es la verdadera filosofía».

Múltiples son las enseñanzas que Golo Mann reconoce deber a Jaspers, y de las que deja testimonio en estas *Memorias*. De Jaspers aprendió que el hombre es siempre más de lo que él puede saber de sí mismo, por lo que siempre se quedará sorprendido ante sus propios actos. En el Mann historiador encuentra una especial resonancia la idea de Jaspers de que hay preguntas que, aun siendo oportunas e incluso insoslayables, no admiten una respuesta definitiva. Estas Memorias concluyen precisamente con la afirmación de que ese tipo de preguntas pueden ser probablemente las más serias, aunque no quepa darles una solución. Unida a esa enseñanza va la idea de que todo saber supuestamente total es falso y perjudicial. El conjunto de la Historia es realmente inaprensible y sólo permite aproximaciones parciales, y cuando se ofrece una explicación o una valoración se están dejando sin responder otras muchas preguntas que el lector inquieto le gustaría plantear. Es difícil, por consiguiente, la tarea del historiador, pues tiene que hacer surgir una realidad que ni él mismo conoce ni posee en su totalidad.

Pero, quizá, el pensamiento de Jaspers que más sobresale en las *Memorias* es el contenido en un fragmento del filósofo sobre el mal. El mal, escribe Jaspers, es la voluntad de la nada; el mal quiere la propia existencia de su nulidad. La única explicación del mal que cabe dar es la contradicción que encierra en sí mismo: quiere la nada con absoluta claridad, quiere destruirse a sí mismo al desear apasionadamente destruir lo otro. A la pregunta radical de Jaspers de si existe el mal, responde Mann con una rotunda afirmación, y apareció pocos años después de que el filósofo Jaspers escribiera esos fragmentos al filo de los años treinta. Las reflexiones jaspersianas sobre el mal le suministran a Mann la categoría filosófica para caracterizar al nacionalsocialismo, al entender a éste como la encarnación del mal. ¿Ha sido este mal inevitable?

Frente a los historiadores que alaban al Tercer Reich y lo entienden como una continuación lógica del Reich de Bismarck, pero también frente a aquellos historiadores que, condenando al nacionalsocialismo, ven espíritu nazi en Bismarck, en Federico el Grande o en Lutero, Golo Mann considera que es preciso evitar las falsas continuidades históricas. De aquí que su narración no pretende ser ni una loa ni una acusación. Resulta muy fácil, dice, afirmar que algo debía suceder lógicamente cuando ya ha sucedido. No hay dificultad alguna entonces para afirmar que lo sucedido era realmente inevitable o que hundía sus raíces en los más remotos tiempos. Golo Mann no cree en esas profecías a posteriori, pues están dominadas siempre por el poder del momento presente, a cuya luz se lee todo el pasado. En la historia de Alemania no encuentra Mann una única tradición, sino muchas; eso sí, con distinto nivel de desarrollo y de presencia. Pero él cree que el historiador ha de mostrar no lo simple y permanente, sino lo múltiple y lo que cambia; frente a las continuidades, o supuestas continuidades históricas, Golo Mann afirma el hecho de lo único, de lo inesperado, de lo sorprendente, de lo peculiar.

El carácter de unicidad de los fenómenos históricos y la pregunta por la inevitabilidad de los mismos los plantea Golo Mann al valorar el caso concreto del nazismo alemán. Destacando su carácter de unicidad, piensa que si Hitler hubiera muerto en 1923 —como murieron algunos de los suyos— todo habría sido diferente, aunque no podamos saber en qué sentido o de qué manera habría sido diferente. Sin llegar a suscribir la afirmación de que la Historia la hacen los hombres, piensa que el Tercer Reich, tal y como salió de las manos de Hitler, jamás habría existido sin él; él fue el único capaz de realizar lo que se había propuesto, es decir, crear un «movimiento popular» y mantenerlo, una vez creado, bajo su estricto control. En este punto, Hitler fue superior a sus rivales y marcó de forma decisiva y funesta la histo-

ría de Europa como nadie antes que él lo había hecho —ni siquiera Napoleón—. En el acontecer humano, nada hay tan accidental o fortuito como el individuo, escribe Golo Mann, y, por ello, si suprimimos mentalmente al individuo Hitler, todo habría sido diferente, absolutamente todo.

Se le podría objetar a Golo Mann que Hitler no hizo sino poner en movimiento fuerzas destructivas ya existentes. Pero su respuesta a esta objeción es tajante: «cierto, pero él fue el único, él fue imprescindible; nadie sino él pudo conseguir eso». No oculta Golo Mann los factores que contribuyeron a que triunfaran los planes de Hitler —fin de la crisis económica y la psicología enferma de la burguesía alemana, que no sólo tuvo que obedecer, sino que guiso obedecer—, pero ese individuo concreto hizo que las cosas evolucionaran en la dirección en que lo hicieron. No era históricamente inevitable la ascensión del nazismo al poder. Pudo ser evitado y, por ello, se pregunta Mann por la culpa de aquellos grupos sociales que, pudiendo, no evitaron el mal. Las capas sociales tradicionales —ejército, iglesia, burocracia, terratenientes, industriales— fueron especialmente pasivas. Y Golo Mann entiende que no era posible en aquellos años refugiarse en el trabajo, en la administración, en las pequeñas reformas, cuando el edificio entero de la república de Weimar se estaba tambaleando por falta de sólidos cimientos. La pregunta, sin embargo, por el límite entre la culpabilidad y la inevitabilidad; la pregunta por el momento en que se produjo el pecado original de la política alemana pertenece, para Mann, a esas preguntas que requieren ser meditadas, aunque no admitan una respuesta.

La vivencia del mal, el dolor del exilio, el extrañamiento y abandono del joven Golo Mann, adquieren forma poética en los versos de Johann Christian Günther (*An sein Vaierland*), con los que terminan las *Memorias* de su juventud alemana: «míralo, de mis pies tu polvo aquí sacudo/ en viniendo de ti, me niego a aceptar na-

da, ni siquiera este aire que me llena la boca./...», pero, como ese mismo poema dice, «mi deseo es tan sólo, (oh patria), que al final, permanezcas».

Joaquín Abellán

## Poesía completa de Ángel García López

Ángel García López

*Obra poética completa (1963-1983)*. Torre Manrique Publicaciones. Madrid, 1988, 587 págs.

L

A. decisión de publicar el conjunto de la obra poética ha sido adoptada por Ángel García López (Rota, Cádiz, 1935) cuando catorce libros constituyen el *corpus* de su quehacer. Entre 1963 y 1988 discurrió una trayectoria a la que se ajusta el calificativo de brillante. Salvo *Emilia es la canción* y *Comentario de textos*, los demás títulos fueron premiados. La lista de esos galardones incluye accésit y Premio Adonais, *Alamo*, *Nacional de Literatura*, *Ciudad de Irún*, *Leopoldo Panero*, *Boscán*, *José María Calle*, *Ciudad de Martorell*, *Antonio Camuñas*, *Tertulia Hispanoamericana* y *Juan Ramón Jiménez*. Es, palmariamente, un *récord*, un ejemplo rotundo de la mecánica concurso-edición, la cual funciona ahora como nunca.

Atendamos a unas cuantas notas que fijen la entidad del autor; así, el hecho de ser un andaluz transterrado a Castilla; su pertenencia a una hornada, que algunos quieren convertir en *generación* siguiendo la corriente rutinaria, en la que ha de advertirse el empeño de revalorizar las posibilidades del lenguaje y cumplir una suerte de tránsito; su evolución desde una actitud arraigadora, en este punto sureña, a otra más universalista y desnuda; la alternancia continua de las formas tradicionalizadas y las nuevas. Ángel García López no concibe la unidad como algo rígi-

do, en cada una de sus fases, sino que su absoluto dominio de la palabra le permite pluralizar, según cada momento requiere.

Jaime Siles, prologuista de estas 587 páginas distribuidas en dos volúmenes, observa que, en Ángel García López, se instauran los ejes de la memoria y la temporalidad, que efectúan un juego de espejos. Resume su apreciación afirmando, «que en la geografía del mirar la memoria del ser se convierte en historia del vivir». Espacio, recuerdo y existencia son las bases de una creatividad muy fértil.

Se abrió ésta al modo de Alberti en *La amante* —decir amoroso y cancionero en el ámbito de Castilla—; pero, pronto, a través de *Tierra de nadie* y *A flor de piel*, se configuraría un mundo de la palabra, barroquizándose sin perder la transparencia, norma permanente, busca el simbolismo y se sirve de lo cotidiano y de la naturaleza. Hay un soplo del Sur no para darle cuerda al tópico, y abunda la imagería objetivada. El resultado obedece a una fusión de elementos entre los que domina una estética rigurosa, libre del esteticismo y, en fin, armonizadora. García López, tras situarse en este campo, emprende un ciclo andaluz por la insistencia en las motivaciones que le ligan a su tierra de origen. *Volver a Uleila*, *Elegía en Astaroth* y *Retrato respirable en un desván* hacen de la evocación, lírico-narrativa, una sustancia preferente, visualizada, materia de una búsqueda de sí desde perspectivas distantes. Una perfección, incluso peligrosa, lo aglutina todo. En esa atmósfera del ayer, *Mester andalusí* supone remontarse a la Andalucía árabe en el instante de la derrota. No obedece a una reconstrucción a lo Villaespe-sa, aunque se produzcan algunas concomitancias, sino que significa una identificación suscitada por aquel episodio histórico y por la certidumbre de que subsisten las raíces del influjo de un pueblo consolidado durante ocho siglos. El despliegue verbal, acumulador, expresa ese hacer consuntivo recurriendo, con frecuencia, a la técnica versicular. Es una poesía lajosa en la que transpira lo elegiaco.

A *uto de fe*, a la altura de 1974, entrañaría un paso adelante. García López mantiene en esa obra sus usos formales —organización del poema atendiendo a un desarrollo total, deslumbramiento de las figuras retóricas—; pero el objetivo se amplía hasta abarcar las esencias ontológicas. Con todo, el giro importante se efectúa gracias a *Tras-mundo*, diario de un enfermo en trance de peligrosa encrucijada. Esa experiencia impone el basamento de la autobiografía y obliga a la desnudez, de la que se deriva un corte de la ampulosidad y una inclinación a la síntesis, así como el toque reflexivo y el asomo al misterio. García López, como a las puertas de la muerte, va hacia el fondo, percibe el revés del tapiz, dicta lo que podríamos llamar su testamento. Conmueve y convence. Pasada esa sacudida, benéfica a todas luces, *Los ojos en las ramas* —sonetos a sus hijos— ofrece su delicia aliviadora del dolor vivido. *Memoria amarga de mí* acierta de nuevo a decantarse en el yo, y sigue, pues, el camino que parte de *Trasmundo*, ahondando en la persona. La arquitectura es ondulante, aunque sin la complacencia habitual en el brillo. García López llega a decir: «*De los libros escritos me arrepiento de todos, porque en verdad debiera sólo haber hecho éste*». Los otros sirven de peldaño para esta culminación con mucho de amorosa, que constituye el hallazgo del sitio justo en el cosmos. Esa meta, tan clarificante y serenada, deja atrás la urgencia agónica a que ya aludí y va explayándose como ríos reflejados de los mimbres humanos. El cómo sirve al qué. El pasado y el presente se ayuntan con naturalidad. Según suele ocurrir, los árboles no dejaban apenas ver el bosque, mientras que ahora aquéllos no impiden que la luz sea ocultada. *Latrocinios y virginidades* y *Medio siglo, cien años* (ambientación en la Argentina) son una consecuencia de ese rumbo, aunque el logro no sea tan acusado.

García López, lo mismo que otros poetas anteriores y posteriores, supo percibir que la poesía española necesitaba apartarse de los temas societarios y políticos, pro-

pios de un período de posguerra, aunque éstos no fueran los únicos a la vista, como se afirma, a veces, desfigurando la verdad. La clave residía en el realismo. Entre los años sesenta y setenta procedió la voluntad de cambio. Hubo en ese momento posturas radicales —la de algunos de los denominados *novísimos*— y posturas no rígidas. Lo que había que salvar era la importancia del idioma poético y, también, la ascendencia de la tradición no destinada al simple mimetismo. Era conveniente tender a una suerte de medianería entre la herencia rehumanizadora y el aporte de una expresividad distinta. La presión de la realidad histórica cede y cunde a la apertura hacia la realidad de la naturaleza (paisaje), objetos cotidianos, etcétera, elementos de un ansia de transfiguración, con lo que la metáfora y demás tropos vuelven a intervenir, crecientemente, en el proceso de la poesía.

La obra de Ángel García López se ciñe al esquema que describe. Sus facultades ingénitas para esta aventura remozadora son extraordinarias, lo que, por sobre de facilidad, podía ser una amenaza, que se nota en la primera parte de su empeño. La brillantez llega a resultar un tanto agobiante. Por fortuna, este andaluz característico supo conseguir que en su espacio-tiempo alumbrara el meollo del individuo y sucediera el desbroce que domina en los últimos poemarios. Los ojos, tan decisivos en su poesía, miraron al interior de sí, sin desdeñar el apoyo en las cosas exteriores. Dos impulsos se unieron: el que extiende lo que es el mundo en torno y el que le da sentido. Y la *Obra poética completa* (1963-1983) (I) es la suma, por ahora, de un derrotero que ha ido de Sur a Sur. Porque las palabras finales dicen: «*Y aquel niño, aquel desvelo/ que antaño fui, se asoma. Y ve./ Y en Rota/ esta ventana es mar. Y gaviota/ que le devuelve lo mejor del cielo*». Ángel García López no olvida que, como asegura Rilke, «*la infancia es la patria del poeta*». En este caso, por partida doble.

Luis Jiménez Marios

## Argentina y la colonización española,

David Rock

*Argentina, 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín.*

Col. «Alianza América», n.º 21. Alianza Editorial. Madrid, 1989, 530 págs.

**D**

ECIR que Argentina es probablemente el país de América Latina que tradicionalmente ha despertado mayor interés en la opinión pública internacional es algo obvio; pero no lo es intentar explicar las razones de esa consideración. Para ello, Rock realiza en esta obra un colosal esfuerzo de síntesis buscando definir mínimamente los procesos históricos que han conducido a la Argentina a la situación que presenta en la actualidad.

Evidentemente, el mayor peligro de un intento como éste es la posibilidad de caer en la superficialidad si no se tienen claros los objetivos a conseguir. Precisamente, eso es lo que David Rock, a nuestro entender, ha sabido evitar a través de una articulación lógica que cabría calificar de irreprochable. La obra va a centrarse en el Siglo XX, más concretamente en la década de los años setenta, en lo que el autor llama la «repentina sucesión de historias de horror», y a partir de ahí realiza un sondeo en las causas que lo explican, por un lado, y en las perspectivas de futuro predecibles a partir de los recientes cambios de-mocratizadores del país, por otro.

Ese verdadero emporio que era la Argentina, irremediamente destinado, en opinión de muchos y no hace demasiado tiempo, a ser una de las grandes potencias mundiales, ha vivido un verdadero proceso de degeneración, hasta alcanzar la pésima situación que encontramos en la actualidad. Tra-

tar de entender todas las causas e implicaciones de un proceso como éste habría sido un grave error de cálculo para una obra como ésta; pero aportar una mínima aproximación global al tema, en cambio, resulta su mayor acierto.

**Antonio Santamaría García**

## Objetivo: ganar el futuro

**J. Van-Halen**

(*Conversaciones con Alfonso Osario*).  
Ed. Plaza y Janes.  
Barcelona, 1987, (21,5 x 15,5),  
302 págs.



ON indudable maestría por parte del periodista se hace un *tour d'horizont* sobre los hitos de la biografía de este político conservador, clave de la transición española, así como de los principales problemas españoles al filo de celebrarse las elecciones de 1986. El libro tiene así un indudable carácter oportunista, no obstante lo cual, la información proporcionada por el entrevistado sobre aspectos tales como el ejército, la Iglesia, la educación, los partidos políticos y sus líderes dan lugar a un caudal muy estimable de noticias y datos de indudable valor para el historiador del período. Las posiciones del que fuera vicepresidente del gobierno español del primer gabinete Suárez son, en conjunto, muy moderadas —salvo las críticas al socialismo—, abogando por una derecha auténticamente democrática, progresista y liberal. Libro este de corte y factura muy «europeos» que deben tener una mayor generalización y audiencia en el público español e hispanoamericano por su utilidad para una radiografía de la actualidad política por profesionales y voces autorizadas.

**J. M. Cuenca Toribio**

## La caída de los imperios

**P. Kennedy**

(*Auge y caída de las grandes potencias*).  
Ed. Plaza y Janes.  
Barcelona, 1989, 812 págs.



ABIDA es la desconfianza con la que los historiadores suelen acoger las grandes panorámicas trazadas por las ágiles plumas de pensadores o publicistas, a menudo de innegable calidad. En el período de entreguerras, la crepuscular reconstrucción de la cultura europea debida a Spengler atrajo la crítica, a las veces, inmisericorde, de los profesionales de Clio. En la última posguerra, sería el ingente fresco toymbiano el que provocara las reservas y el rechazo de algunos de los principales historiadores del momento, como v.g. Fernán Braudel.

Contra lo que pudiera creerse, no siempre el monroísmo y un estrecho espíritu corporativista han inspirado tal repudio. Sin dejar de reconocer lo que de positivo y estimulante hay en estos grandes cuadros de la evolución de la humanidad, los historiadores han puesto en guardia sobre los excesos de fantasía y unilateralidad a que dichas visiones son tan proclives.

Bien es cierto, empero, que en la ocasión presente, el tema no es desmesurado ni el autor un intruso o *parvenú*. Discípulo de uno de los más importantes polemólogos del siglo XX, el británico Sir Basil Liddle Hart, llegado al campo de la historia militar desde el servicio de las Armas, el oxiense Paul Kennedy aspira a desentrañar en su extensa obra las causas del esplendor y declive de las naciones que desde el orto de la modernidad hasta fines del segundo milenio han ejercido, sucesivamente, el liderazgo mundial. El bagaje de documentación y lectura sobre el que se construye su tesis es muy considerable, pero no abrumador

e incluso, en ciertos extremos, insuficiente. No hay, así, por ejemplo, en su armadura bibliográfica ningún título castellano, y el solo autor español mencionado, Vicens Vives, aparece a través de una traducción extranjera. A mayor abundamiento, tampoco los títulos franceses alcanzan una mención siquiera discreta, como ocurre igualmente con los germanos. Y su visión de la China de los Ming o del imperio otomano apenas si sobrepasa el nivel de un buen manual del bachillerato... de antaño.

La bibliografía anglosajona se enseorea, pues, de los ocho amplios capítulos que vertebran la obra pese, insistiremos, a que dos de sus cinco goznes fundamentales, si no por el tratamiento otorgado, sí por el análisis, se enquistan, uno, en la España imperial y, otro, en la Francia del Rey Sol. Por lo demás, debe convenirse en que la tesis desvelada en la obra —cómo de la capacidad económica de los diferentes imperios se descubrirá el talón de Aquiles más destacado de su fuerza militar— no resulta desorbitadamente ambiciosa ni compleja, aunque lo sea, y ¡hasta qué punto!, el intento de demostrarlo empíricamente; tarea en la que Kennedy incurre a veces en la farragosidad y en elementalidad, por el empeño un tanto infantil de acumular datos e información, con olor a rancio en muchas ocasiones.

A través de las experiencias de la dinastía de los Habsburgo, de la Francia luiscatorciana y napoleónica, de la Inglaterra victoriana y eduardiana y de los Estados Unidos investidos en su papel de guía indiscutible de Occidente al término de la Segunda Guerra Mundial, así como de capítulos más reducidos de la historia protagonizados por Japón o Rusia, este profesor inglés especialista en la historia marítima —*The Rise and Fall of British Naval Mastery (1976)*— quintaesencia el juego del poder a escala mundial, así como la implantación de los diferentes órdenes internacionales registrados en los anales de la historia. El diagrama es siempre igual. Alcanzado el *leadership* por un país, el



equilibrio de sus fuerzas cambiará. Al ampliarse sus dominios e intereses, flotas y ejércitos drenan hacia así toda suerte de energías en un proceso elefantásico. Tarde o temprano se producirá el infarto económico. Su base material no podrá ensancharse al mismo ritmo de su expansión política y militar o, lo que es lo mismo, al de las exigencias derivadas de su supremacía.

Sin demasiadas reservas puede aceptarse el núcleo central del argumento. Empero, el enfoque de la hegemonía y decadencia de los grandes Estados se perfila excesivamente economicista. Otros muchos factores, varios de ellos de índole espiritual, inciden en los «corsi y recorsi» de la historia. Aunque Paul Kennedy no los desdén y hace justicia a su relevante papel en múltiples páginas de su obra, ésta no le presta, sin embargo, la atención requerida, incluso en el mismo plano militar de sus preferencias. Un notable ejemplo de lo expuesto se halla en su caracterización de la «Peninsular War». No se encuentra en ella ni la menor alusión al espíritu de independencia, al sentimiento de una dignidad colectiva individual atropellada por las bayonetas, talante que inspiraría anchamente la epopeya española de 1808: «Además, la ofensiva de Napoleón en España a finales de 1808 no había "decidido" aquella campaña como él se imaginaba. Al dispersar a las tropas formales españolas, no había advertido que incitaba al pueblo a recurrir a la guerra de guerrillas, que era mucho más difícil de sofocar y que multiplicaba los problemas logísticos de las fuerzas francesas. Dado que la población local se había negado a proporcionar comestibles, el ejército francés dependía críticamente de sus propias y precarias líneas de abastecimiento. Además, al hacer de España un campo de batalla, y hacer lo propio de Portugal,

Napoleón había elegido sin proponérselo una de las pocas zonas en que los todavía cautelosos ingleses podían ser inducidos a comprometerse, al principio a modo de tanteo, pero después con creciente confianza, al ver como explotaba Wellington las simpatías locales, la geografía de la península, el dominio del mar y —no menos importante— sus cada vez más numerosos regimientos profesionales, para frenar y debilitar el clan francés. Las 25.000 bajas sufridas por el ejército de Massena en su inútil marcha contra Lisboa, en 1810-1811, fueron unas de las primeras señales de que la "úlceras española" no podía ser desbridada, ni siquiera cuando 300.000 soldados franceses habían sido enviados al sur de los Pirineos» (pág. 181).

Más de la mitad de la obra está consagrada a la evolución del último medio siglo, en el que la influencia estadounidense ha sido predominante. En efecto: el pasado inmediato de Norteamérica movió a Kennedy a escribir su obra, cuyas conclusiones han levantado en USA la controversia intelectual de mayor audiencia del último trienio. El autor británico aspira a demostrar en su estudio cómo el gran país ha seguido en su ascenso y auge idéntica geografía histórica que los precedentes imperios, hasta encontrarse en la actualidad en el comienzo del fin de su liderazgo mundial, ejercido solitariamente sobre gran parte del planeta. En tal extremo, y no obstante, las enconadas réplicas que ha recibido en la prensa y publicística estadounidenses, Kennedy, que no posterga casi nunca el matiz, se muestra muy ponderado. Al igual que no pocos escritores y políticos del presente, el autor piensa que la etapa del condominio mundial ejercido por las dos superpotencias va a dar vado muy pronto a un nuevo orden internacional en el que China, la Comu-

nidad Europea e incluso la India se conviertan en sus polos confiuradores. Hodierno no existen ya centros de poder decisivos a la manera del Londres decimonónico o del Nueva York de la década de los cincuenta. Muy probablemente, según la exégesis kennediana, Norteamérica generará las energías necesarias para adaptarse a una nueva coyuntura, en la que seguirá siendo una gran potencia, si bien escoltada por varias más.

El gran reto a que se enfrentan los Estados Unidos sería así no su decadencia sino su adaptación a un mundo interdependiente. Algunos de los refutadores de la obra *Auge y caída de las grandes potencias* subrayan, con indisimulable chauvinismo, como «el genio de la raza» encontrará caminos para preservar la creatividad y el dinamismo de sus períodos cénitales. Su incesante renovación política y económico-social determinará, según esos mismos impugnadores de Paul Kennedy, que durante mucho tiempo los Estados Unidos, «nación mundial», se sigan bañando en las fuentes de Juvencia...

Pero si el autor no traspasa el umbral del futuro, tampoco lo hará su comentarista español. Hace más de dos siglos Rousseau, con acento prerromántico, se preguntaba, ante la ruina y el ocaso de Esparta y de Roma, «¿qué Estado puede durar por siempre?». En nuestros días, un espíritu espec-tralmente lúcido y apasionado por todo lo estadounidense, Raymond Aron, dedicaría las páginas finales de sus memorias, redactadas muy poco antes de fallecer, a discurrir sobre la trayectoria próxima del país que había soportado el peso de la púrpura en una fase crucial y decisiva para el destino de la libertad en el mundo. Su diagnóstico era aún más pesimista que el de Paul Kennedy.

**J. M. Cuenca Toribio**